

CAÍDA

Dora Marleny Vásquez Montoya

Nació en Medellín. Es hija adoptiva de Bello y vive en Nueva Jersey hace 15 años. Socióloga de la Universidad de Antioquia, Tecnóloga en Recreación del Instituto Politécnico Colombiano JIC de Medellín y Licenciada en Masaje terapéutico del Instituto Cortiva, Hoboken, Nueva Jersey. Publicó el libro de relatos *El Monasterio*, URPI Editores, Nueva York, 2012. Ha escrito para revistas y periódicos en Colombia, España y Estados Unidos. Otras obras aparecen en sus redes sociales. Coordina en Kearny, NJ, la tertulia Literatura para Vivir. Ha acompañado autores en sus procesos de elaboración literaria en Estados Unidos.

Mi cuerpo se inclinó hacia atrás. En ese instante y ya en el aire, era inminente mi caída. Vi un cable arriba de mí. Como pude lo alcancé con la mano derecha. Me balanceé el cuerpo, lo puse vertical, pero era un alambre de espino. Al mismo tiempo sentí cómo las púas me desgarraban la palma de la mano y un dolor agudo se introdujo hasta el alma. Ni un grito, ni un lamento. No hubo tiempo para nada. Sólo sentí cómo se me abría la mano por el dolor inaguantable del aguijón en la piel y la imaginación voló. Pensé. Me voy a matar. Me preparé para caer a un vacío negro y a golpearme. Y sí, así fue.

Viajábamos en un bus con un grupo de excursionistas, íbamos a visitar el mar. Estábamos de vacaciones y en las montañas, de madrugada, era común experimentar retrasos.

Esa noche, temprano, había caído un aguacero enorme, las laderas se iban desgranando y el pantanero hacía que autos grandes y pequeños se resbalaran y rodaran por las faldas de la cordillera central de Los Andes.

Nuestro bus hacía cola mucho antes del derrumbe. La fila estaba larga y como pasó en viajes anteriores pensé dejar la incomodidad del asiento para estirar las piernas, tomarme un café si acaso encontraba en algún ranchito al borde de la carretera y conversar con alguien allá afuera para pasar el tiempo. Mis gemelitos de 8 años dormían placenteramente; les di un beso, los arropé bien con las ruanas calientes que llevábamos y miré a mi hermana que

estaba cómodamente sentada detrás de la banca que ocupábamos los niños y yo.

Salí.

Afuera las farolas de algunos autos iluminaban la carretera. De uno de ellos salía música.

Sonaba una canción de Juan Gabriel. Tararé: “cómo quisiera que tu vivieras, que tus ojitos jamás se hubieran cerrado nunca y estar...”. Avancé unos 50 pasos hacia la parte trasera del bus, observé la línea de carros. Había neblina y perdí la esperanza de encontrar café. Ninguna casa a la vista, nadie con quien conversar, la gente no se agrupaba, solo encontré dos o tres parejas algo ocupadas, así que no tuve confianza para acercármeles.

De los dúos que vi, recuerdo a un adulto moreno y fuerte abrazando a una muchacha flacuchenta, la giró de un lado a otro, ella parecía convulsionar en su éxtasis. El hombre miró a su alrededor como buscando un público que aplaudiera su maroma. Solo encontró silencio, luego se le acercó mucho a la mujer y le acarició con la mirada el rostro.

Me distraje con ellos, los vi hermosos. Caminé hacia atrás. Me acerqué al borde de la carretera. Di otro paso hacia atrás. Me paré en la berma, sentí que estaba al borde del puente y esperé las barandas. Di otro paso atrás y me caí.

Primero noté cómo el puente estaba hecho con ladrillos, luego oscuridad y después, mis pies en el suelo, la rodilla izquierda hizo un ruido como cuando se parte una estaca, la cadera aterrizó sin rebotar y de inmediato la cabeza se golpeó en el occipital. Recuerdo un olor a hierro y un destello verde. Después

abrí los ojos. Arriba el firmamento y asomados en el puente sin barandas una, dos personas, luego, un montón de hombres y mujeres gritando si estaba bien. Poco después divisé a mi hermana llorando, llamándome desaforadamente por mi nombre. Apareció una linterna, luego otra y otra. Iluminaron mi cuerpo que estaba tirado en la cañada. Poco a poco comencé a mojarme lenta, muy lentamente. No tuve miedo. No tuve nada. Ni dolor, ni tristeza, ni angustia.

No tuve nada.

El ambiente era denso y un tanto neblinoso, en él estaban la rodilla fracturada, la mano derecha destrozada por el alambre de espino, la angustia de mi hermana, el sueño de mis gemelitos, la sorpresa de quienes viajaban conmigo en el mismo bus de turismo, los hombres que en segundos se organizaron para rescatarme, la cadena que formaron hasta alcanzarme, las linternas que salieron de las guanteras de los carros, de los bolsos de las mujeres, de los llaveros de los chicos, luces todas que iluminaron mi cuerpo pálido e inconsciente. Regurgité y comencé a ahogarme. El hombre adulto, moreno y fuerte llegó hasta mí, me giró para que pudiera expulsar el vómito, mi cuerpo convulsionó, él, aterrorizado, miró con ojos impotentes a la concurrencia apostada en el puente que sincronizadamente hizo un silencio idéntico al de los teatros cuando se inicia una obra, porque con las luces que me iluminaban, todos pudieron ver cómo se me había aplastado la cabeza con el impacto. Comencé a morir. ■